

La iglesia era algo precaria. Sus paredes blancas igualaban la monotonía en la que se sumergía el pueblito del interior. Mónica, más que nunca, necesitaba del cura. En los viejos y olvidados pueblos, los hombres santos son aún más importantes que el Estado. Ellos son la autoridad, la ayuda, el perdón, "el consejo" y la desgracia. Manejan alma y mente de seres que nunca conocieron más que miles de kilómetros de llanos y mesetas.

Mónica no era habitual en esos lugares. Eso le había traído más de un problema. Pero esa rosácea madrugada ella necesito de un consejo, de un visto bueno, de alguien que conociera el mundo.

-Padre -Llamó ella una vez dentro de la iglesia.

Mónica miraba con miedo esas paredes con imágenes de sufridos y torturados. Llamó varias veces más hasta que el enviado de Dios se levantó.

-¿Qué quieres? -Respondió el cura con el fastidio de ser despierto.

-Cuénteme, padre -Dijo ella feliz- cuénteme como es el mundo.

-¿Qué mundo? -Preguntó luego de un gran bostezo.

-El que esta más allá de los alambrados, de la provincia, del país. ¡El mundo!

-¿Para qué quieres saber de él?

-Usted fue el único que lo conoció. ¿No es verdad?

-Sí, hija. Yo conozco. Pero ese no es el mundo que debería preocuparte, sino el de los cielos.

-Vamos padre -Dijo ella rogando- quiero conocer lo que existe.

-¿Qué quiere decir? -Preguntó enojado el hombre santo.

Mónica mordió sus labios y lo dejo hablar, un buen rato, sobre el cuento que ellos inventaron.

-Padre -interrumpió ella- vamos... quiero irme de aquí.

-¿Para qué? Si aquí ya tiene a Dios. Además es usted mujer.

-No entiendo -Dijo Mónica frunciendo las cejas.

-Usted es joven. Debe aprender los oficios de la casa, a ser buena mujer. Tu abuela me ha contado que te resignas a cocer y cocinar. ¿Qué harás cuando sea madre y esposa?

-No lo seré.

-Pero debes. Y para eso debes ser buena en la casa, así podrás casarte.

-Tampoco quiero eso -Exclamó molesta.

-Pero es para lo que las creo El Señor. Crianza y casa. Vamos, repite con migo. Crianza y casa.

Mónica se tapó la cara con sus dos manos. Su largo pelo cubrió todo lo que el cura podía ver.

-Además el mundo no es para una mujercita. Sola, allí. No es bueno. Son débiles, el diablo las engaña fácilmente. Espera a casarte y luego sal al mundo con él. Síguelo...

-Tiene razón -Interrumpió Mónica- eso hare.

Se levantó de un salto y salió sonriendo, mientras el cura pedía el dinero correspondiente.

Camino unas cuadras bajo el sol que recién se despertaba. Saludo a los primeros comerciantes que comenzaban a abrir, y se escondió en la parte trasera de la vieja camioneta que salía de la ciudad con las cartas que se enviaban.